

PALABRAS

PARA REGALAR



TIEMPO

Soledad Murillo

PALABRAS PARA REGALAR

Palabras para Regalar es un Proyecto de la Concejalía de Igualdad del Ayuntamiento de Fuenlabrada.

Dirigido por Silvia Buabent, Concejala de Igualdad

**Conversación con Soledad Murillo el 14 de Diciembre de 2012
en el Círculo de Bellas Artes**

Idea original, diseño y realización:

Luz Martínez Ten

Rosa Escapa Garrachón

Mariel Bajo Hervás

Cristina Mochales Modroño

Con la colaboración de Laura López Machin

Ilustraciones, diseño y maquetación:

Mónica Carretero



TIEMPO

Soledad Murillo



Sólo comprendiendo el significado, uso y sentido del tiempo, las mujeres podremos tomar las riendas de nuestras vidas, por eso, mi palabra regalada comienza con el hilo de su historia...





Caminar desde el principio del tiempo.

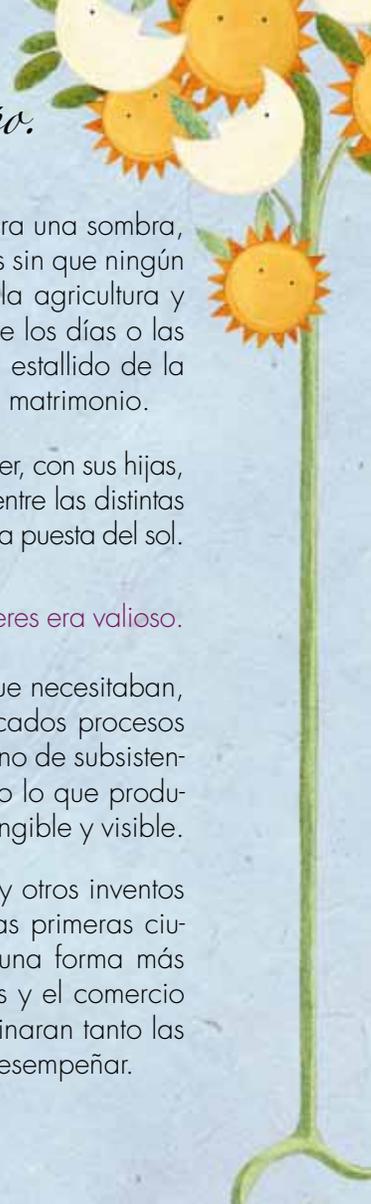
El tiempo es como los silencios en la música. Al principio era una sombra, no tenía sentido porque era la vida la que imponía sus ritmos sin que ningún elemento, entidad, o persona lo controlara. El trabajo de la agricultura y de la artesanía se guiaban por la salida del sol, el inicio de los días o las estaciones, deteniéndose en momentos especiales como el estallido de la primavera, un nacimiento, la muerte o la celebración de un matrimonio.

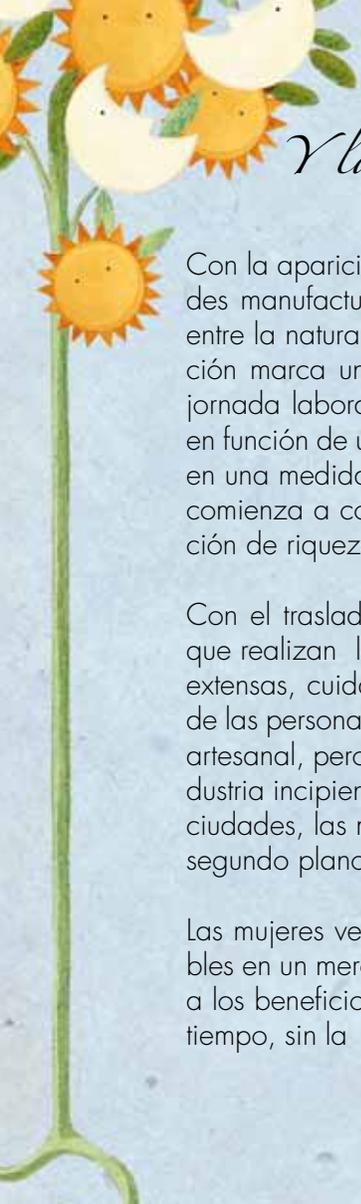
Por aquel entonces, el artesano compartía el tiempo con su mujer, con sus hijas, con sus hermanas, con sus madres, sin que hubiera fronteras entre las distintas actividades que se iban sucediendo desde el amanecer hasta la puesta del sol.

Era el mundo de la vida en el que todo lo que hacían las mujeres era valioso.

La relación con la naturaleza, que las proveía de todo lo que necesitaban, se producía de forma directa, sin intermediarios ni complicados procesos de transformación. Su tiempo tenía pleno sentido en el entorno de subsistencia del grupo familiar, de la comunidad y del entorno. Todo lo que producían estaba ahí, donde tú quisieras mirar, imprescindible, tangible y visible.

El intento por regular el tiempo llega con los relojes de sol y otros inventos de medición. Sin embargo, no es hasta la aparición de las primeras ciudades donde la comunidad comienza a organizarse de una forma más compleja, introduciendo nuevos elementos como los oficios y el comercio que marcaran calendarios, horarios y jornadas que determinarían tanto las relaciones, como el papel que mujeres y hombres iban a desempeñar.





Y las ciudades se adueñaron del tiempo.

Con la aparición de las primeras ciudades, los Burgos, surgen las sociedades manufactureras que conllevan un proceso de elaboración intermedia entre la naturaleza y el producto. La segmentación del proceso de producción marca un espacio temporal que posteriormente conoceremos como jornada laboral. El tiempo se transforma, deja de fluir, para fragmentarse en función de unos criterios socialmente establecidos. El tiempo se convierte en una medida artificial que se aleja del sentir natural de la vida, mientras comienza a considerarse como un gran capital fundamental en la generación de riqueza y progreso.

Con el traslado del campo a la ciudad cambia el concepto del trabajo que realizan las mujeres. Ellas se quedan dentro de esas grandes familias extensas, cuidando de los críos, de las tareas de mantenimiento interno y de las personas que necesitan ayuda. Las mujeres continúan con su trabajo artesanal, pero tienen menor valor en el mercado. Frente al frenesí de la industria incipiente y de un comercio que ocupa el centro de actividad de las ciudades, las mujeres siguen encargándose de sus tareas pero pasan a un segundo plano, más invisible y silencioso, para la vida de la comunidad.

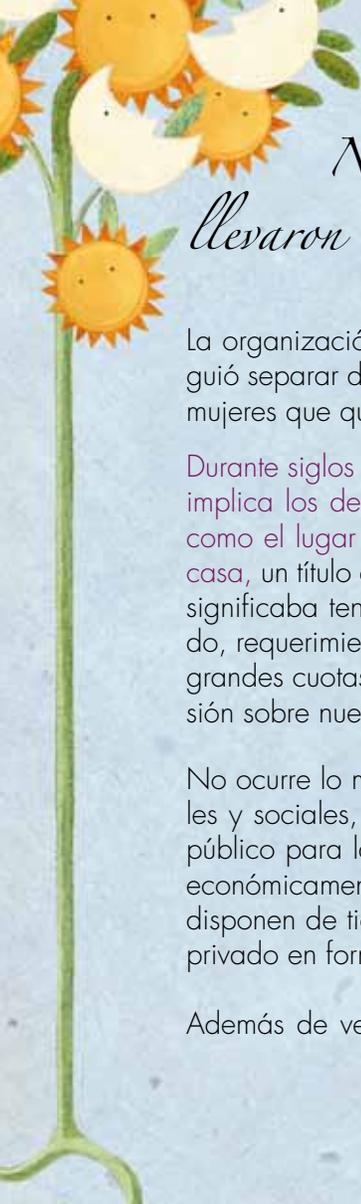
Las mujeres ven cómo sus productos artesanos comienzan a ser prescindibles en un mercado que maneja criterios económicos de rentabilidad frente a los beneficios del cuidado y la sostenibilidad. Ellas hacen las cosas con tiempo, sin la urgencia de encontrar una salida mercantil, sin la necesidad



de competir con otros productos acabados. Su actividad se vuelve secundaria e imperceptible para la rentabilidad del mercado. De forma gradual, la sociedad comienza a separar el tiempo del cuidado que se produce en el hogar, frente al tiempo laboral que tiene lugar en el espacio público.

Si en el inicio el tiempo era un continuo compartido por mujeres y hombres para desarrollar las actividades necesarias para el mantenimiento de la vida, ahora el tiempo se segrega en dos modalidades con desigual valor, por una parte, el espacio privado asociado a las labores domésticas, descanso e inactividad, y por otra, el espacio público, un tiempo laboral al que se le adjudica un valor productivo en forma de salario, reconocimiento y prestigio.

El tiempo lineal y fragmentado que organiza la jornada laboral ubicada en el espacio público se aleja del tiempo circular que las mujeres van hilando en el espacio privado.



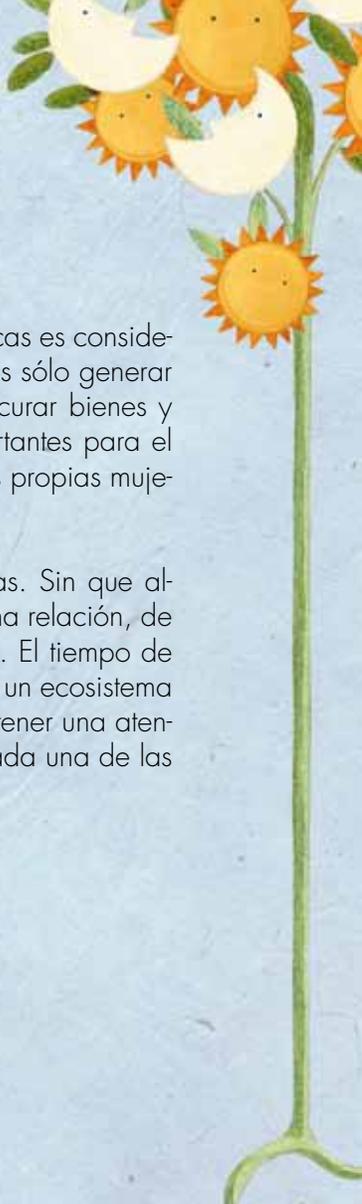
Nos nombraron reinas del hogar y se llevaron el tiempo.

La organización del espacio en las esferas de lo público y privado consiguió separar de forma desigual el tiempo de los hombres del tiempo de las mujeres que quedan confinadas al espacio del hogar.

Durante siglos a las mujeres se nos niega el acceso al espacio público que implica los derechos de ciudadanía, adjudicándonos el espacio privado como el lugar natural en el que seremos nombradas reinas y almas de la casa, un título que nos condenaba a no disponer de tiempo propio, ya que significaba tener que estar siempre presentes o disponibles para el cuidado, requerimiento y atención de los demás. Como consecuencia perdemos grandes cuotas de la autonomía, libertad, así como la capacidad de decisión sobre nuestra propia vida.

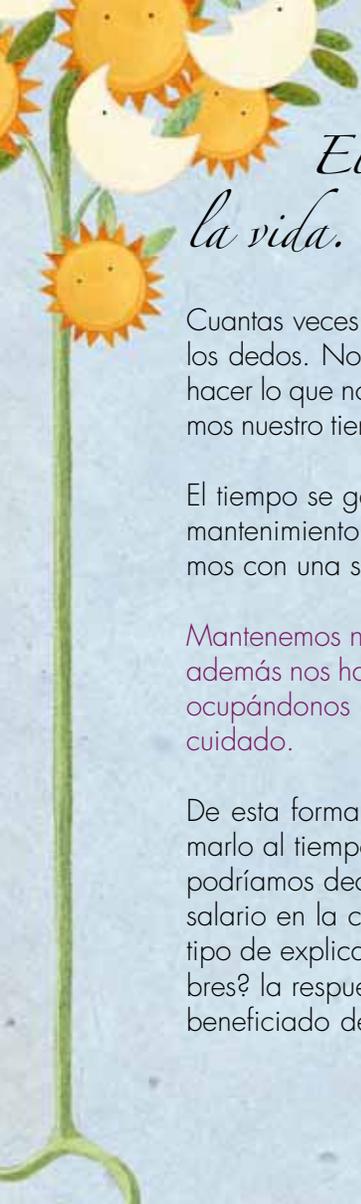
No ocurre lo mismo con los hombres que, amparados en las normas legales y sociales, disponen de un valioso tiempo que utilizaran en el ámbito público para la realización de actividades productivas, reconocidas tanto económicamente como en términos de valor y prestigio, y que además, disponen de tiempo propio para gastar como ellos decidan en el espacio privado en forma de descanso, ocio u otras actividades personales.

Además de vernos limitadas en su acceso al espacio público, el tiempo



que las mujeres dedicamos al cuidado y las labores domésticas es considerado injustamente como improductivo, cuando producir no es sólo generar mercancías y colocarlas en el mercado, si no también procurar bienes y servicios, olvidándose de que uno de los bienes más importantes para el crecimiento de los seres humanos es el que proporcionan las propias mujeres en el ámbito doméstico a partir del cuidado.

Sin cuidados no sobreviviríamos ni si quiera cuatro semanas. Sin que alguien se ocupara de cuidarnos, de tocarnos, de mantener una relación, de darnos calor, de prestarnos atención, moriríamos de tristeza. El tiempo de cuidado implica mantener toda una estructura de relaciones, un ecosistema de salud, de acompañamiento y sostenimiento. Implica mantener una atención a las necesidades emocionales, físicas y sociales de cada una de las personas que nos rodea.



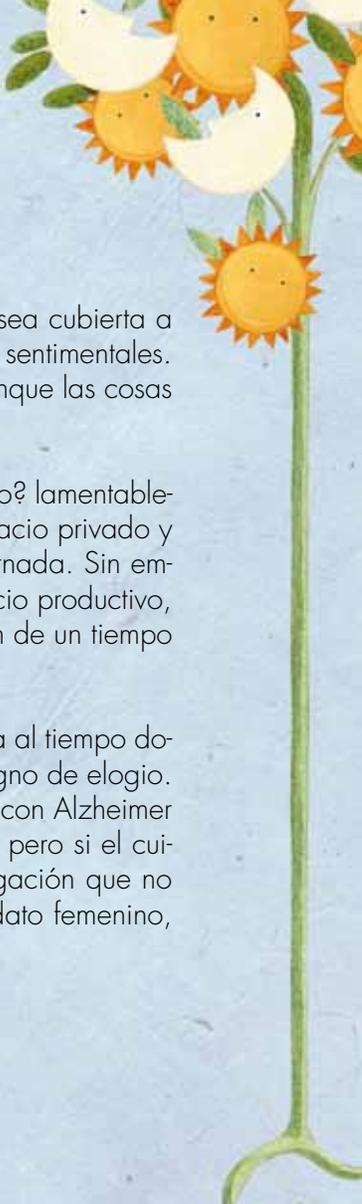
El tiempo se cuele por las rendijas de la vida.

Cuantas veces hemos tenido la sensación de que el tiempo se escurre entre los dedos. Nos quejamos porque los días pasan sin que hayamos podido hacer lo que nos proponíamos. Esto tiene una explicación muy fácil: entregamos nuestro tiempo, de forma generosa, sin intereses, sin contraprestaciones.

El tiempo se gestiona, como tantas cosas en la vida, ocupándonos de su mantenimiento o delegándolo. Y las mujeres hacemos lo primero y lo hacemos con una sobre cuota.

Mantenemos nuestro tiempo para que otras personas dispongan del suyo y además nos hacemos cargo del tiempo que nos delegan los otros. ¿Cómo? ocupándonos del mantenimiento de las relaciones, de la atención y el cuidado.

De esta forma damos nuestro tiempo a personas que lo reciben para sumarlo al tiempo del que ya disponen. Si estuviéramos hablando de dinero podríamos decir que depositamos a fondo perdido, una parte de nuestro salario en la cuenta de otra persona para que se lo gaste, sin dar ningún tipo de explicación, en lo que se le antoje. ¿Ocurre lo mismo con los hombres? la respuesta es no. Tradicionalmente son los hombres los que se han beneficiado de un tiempo de gran calidad de las mujeres. Suele ser muy

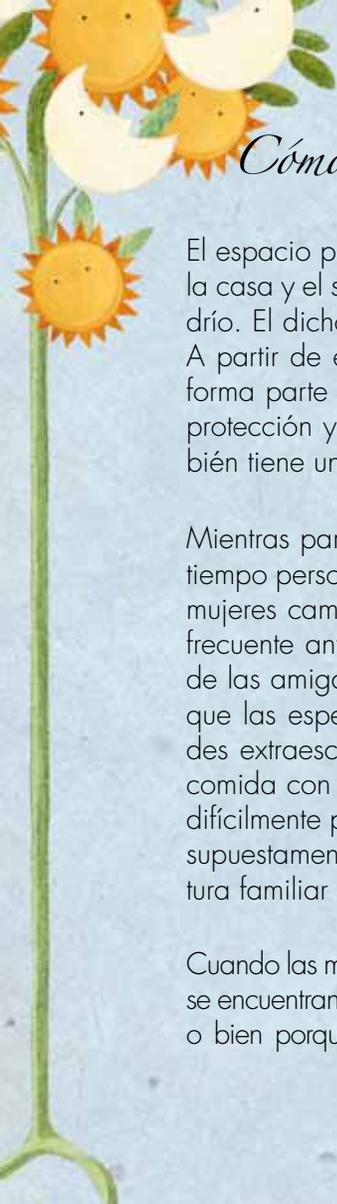


normal que una gran parte importante de sus necesidades sea cubierta a través del matrimonio o de la relación con sus compañeras sentimentales. Las estadísticas sobre el uso del tiempo así lo atestiguan, aunque las cosas van cambiando suavemente con las nuevas generaciones.

¿Y los hombres suelen hacer la misma transferencia de tiempo? lamentablemente no. El puente que las mujeres transitamos entre el espacio privado y público nos obliga a hablar de la doble y hasta la triple jornada. Sin embargo, en el caso de los hombres siguen la lógica del espacio productivo, es decir, priorizan su carrera profesional y además disponen de un tiempo propio que esta blindado, y que raramente transfieren.

Hasta tal punto esto es así, que cuando un hombre se acerca al tiempo doméstico siempre es considerado como un acontecimiento digno de elogio. Por ejemplo, si un hombre cuida de una madre, una abuela con Alzheimer es considerado como un gesto de generosidad y sacrificio, pero si el cuidado viene de una hija o una nieta se considera una obligación que no tiene nada de extraordinario, porque forma parte del mandato femenino, tal y como lo hizo su madre, y antes su abuela.



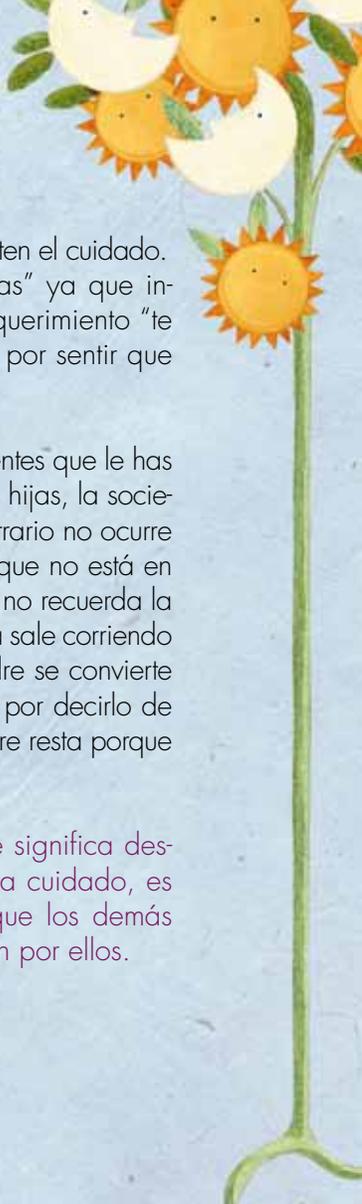


Cómo utilizamos el tiempo de puertas a dentro.

El espacio privado aparece cuando por primera vez se cierra la puerta de la casa y el señor, como ocurría en la Edad Media, no entra a su libre albedrío. El dicho: "mi hogar es mi castillo" ilustra perfectamente esta imagen. A partir de este momento todo lo que acontece de puertas para adentro forma parte de mi vida privada. El hogar simboliza el cobijo, el lugar de protección y cuidado. Sin embargo el tiempo en este espacio íntimo también tiene un uso y significado diferente para hombres y mujeres.

Mientras para los hombres la entrada en el espacio privado da paso al tiempo personal en forma de actividades de descanso, ocio o cuidado, las mujeres cambiamos un trabajo profesional por un trabajo de cuidado. Es frecuente ante la llegada de un largo fin de semana escuchar el lamento de las amigas que al salir de la oficina relatan el listado infinito de tareas que las esperan en su "otra vida" que van desde organizar las actividades extraescolares, hasta las montañas de ropa que han de planchar, la comida con la familia que han de preparar, entre otras. Es un tiempo que difícilmente puede ser considerado como "propio" ya que la jornada, que supuestamente es de descanso, se invierte en el funcionamiento de la estructura familiar o en el mantenimiento de otras relaciones.

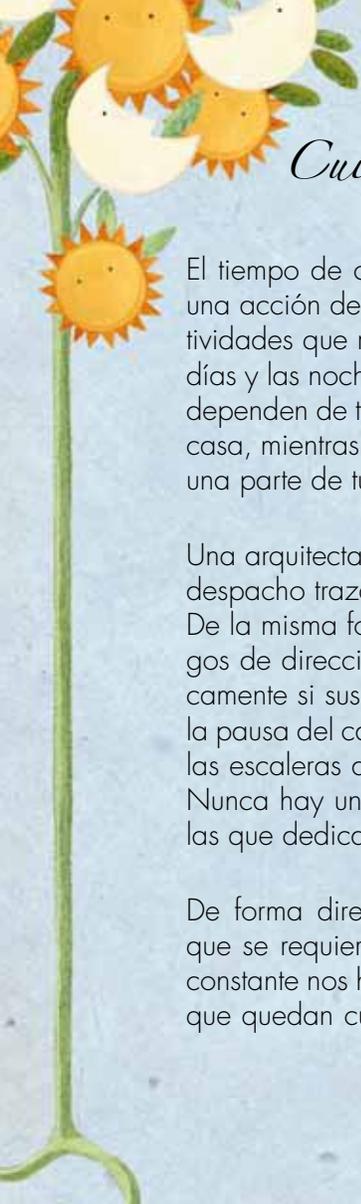
Cuando las mujeres no están siempre hay un sitio donde localizarlas. Cuando no se encuentran en el espacio doméstico siempre hay una persona que la sustituye, o bien porque es contratada para atender las labores domésticas, o porque



cuenta con esa red de mujeres y de afectos con las que comparten el cuidado. Las mujeres nunca podemos desaparecer en "nuestras cosas" ya que inmediatamente surge la pregunta "¿dónde estabas?" o el requerimiento "te llamé y no te encontré" e inmediatamente aparece la culpa por sentir que no estábamos cuando nos necesitaban.

La culpa te hace sentir fatal porque en lo más profundo de ti sientes que le has fallado a alguien que confiaba en ti y en el caso de los hijos e hijas, la sociedad sigue siendo muy intransigente con las mujeres. Por el contrario no ocurre lo mismo cuando el que esta ausente es el padre, ese padre que no está en la vida cotidiana y que cuando llega se sobreexponen. ¿Quién no recuerda la película "la gran familia" cuando llega el padre y toda la familia sale corriendo a recibirle como un gran acontecimiento?. La llegada del padre se convierte en el centro de atención, en el gran acontecimiento del día, por decirlo de alguna forma, suma puntos, mientras que la llegada de la madre resta porque se supone que ella tiene que estar para recibir a los demás.

Las mujeres, en el espacio privado, tenemos un tiempo que significa desprendimiento, un tiempo que significa relación, que significa cuidado, es decir, carecemos de tiempo propio, porque procuramos que los demás tengan un tiempo excelente a costa de nuestra preocupación por ellos.



Cuidar del tiempo, tiempo para cuidar.

El tiempo de cuidados no tiene horarios ni se acota en un espacio ni en una acción determinada. El tiempo fluctúa y se camufla en las miles de actividades que realizamos a lo largo de las horas en las que transcurren los días y las noches. No hay un horario para cuidar, ya que las personas que dependen de ti siempre están en tu mente, incluso cuando trabajas fuera de casa, mientras gestionas una reunión o cueces el pan en el horno industrial, una parte de tu ser está pendiente de las relaciones que sostienes.

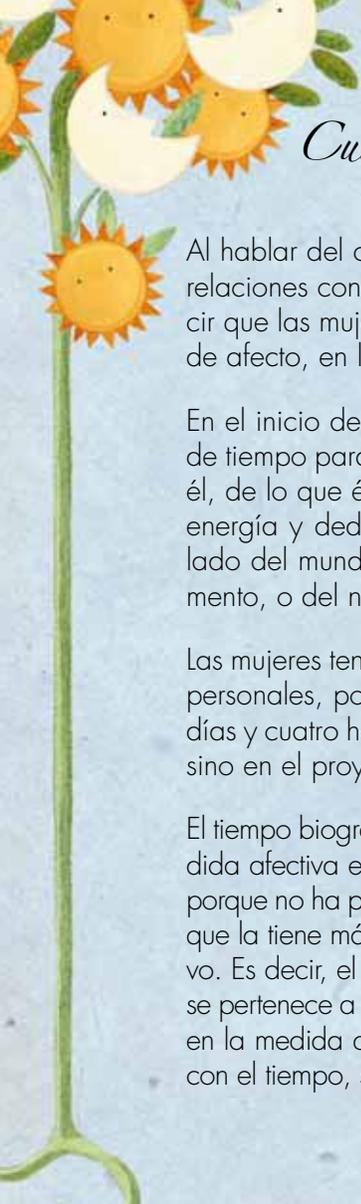
Una arquitecta me comentaba cómo era incapaz de cerrar la puerta de su despacho trazando una barrera que indicaba que “no estaba disponible”. De la misma forma conozco a muchas mujeres que desempeñan altos cargos de dirección que mientras mantienen una reunión, supervisan telefónicamente si sus hijos han llegado bien al colegio, mujeres que aprovechan la pausa del café para correr al supermercado y otras, que mientras limpian las escaleras del portal, están pendientes de la enfermedad de la suegra. Nunca hay una desconexión, ni siquiera momentánea, de las personas a las que dedicas tus cuidados.

De forma directa o indirecta siempre estás supervisando las atenciones que se requieren, ya sean físicas, emocionales o simbólicas. La atención constante nos ha llevado a disponer de nuestro tiempo en los huecos vacíos que quedan cuando los demás dejan de reclamar nuestra atención. Si se

sienten bien, si tienen problemas o si necesitan algo **nuestro tiempo siempre está disponible, tanto para sostener, como para compartir alegrías, como para acompañar en la ausencia o en el dolor.**

Y en estos momentos de crisis terrible el tiempo que las mujeres dedican al cuidado va a aumentar de forma inversamente proporcional a los recortes que está realizando el gobierno. Las mujeres, que históricamente se han hecho responsables del bienestar de las personas, se van a ver empujadas a retroceder en los derechos conquistados en el uso del tiempo para ocupar el vacío que deja el maltrecho estado de bienestar.





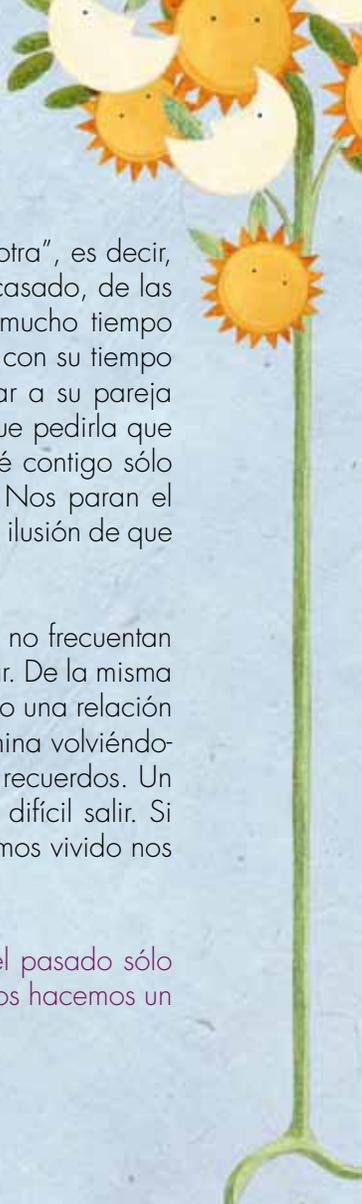
Cuando el tiempo se enreda en las relaciones.

Al hablar del cuidado no podemos olvidar ese tiempo que dedicamos a tejer relaciones con las personas que queremos. Escuché una vez a una amiga decir que las mujeres tenemos la capacidad de tejer complejos y cálidos mantos de afecto, en los que a veces nos enredamos y perdemos.

En el inicio de las relaciones de pareja solemos invertir una enorme cantidad de tiempo para que la relación funcione. Nosotras solemos estar pendiente de él, de lo que él quiere, de lo que necesita, del agrado, esto conlleva tiempo, energía y dedicación. Si le gusta tocar la guitarra te irás a buscarla al otro lado del mundo y lo único que pides a cambio es que se acuerde de tu momento, o del nuestro en que nos conocimos.

Las mujeres tenemos un cronómetro con el tiempo que mide nuestras relaciones personales, por ejemplo, las chicas suelen decir "llevo con él seis meses siete días y cuatro horas" y ellos no, porque el tiempo no lo cronometran en el afecto sino en el proyecto.

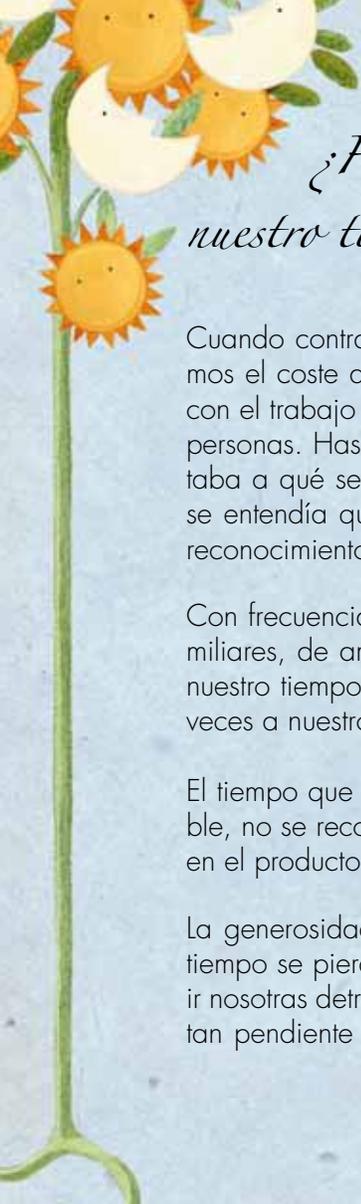
El tiempo biográfico de las mujeres es mucho más lento. Una chica elabora la pérdida afectiva en una año o dos años y un chico la puede elaborar rápidamente porque no ha puesto toda su identidad en esa casilla del afecto y del cuidado sino que la tiene más enfocada en el logro profesional, universitario o el logro deportivo. Es decir, el chico no tiene ningún sentimiento de que le falta "algo" porque él se pertenece a sí mismo en la medida que es y logra y nosotras nos pertenecemos en la medida que estemos con quien queremos estar y eso hace que tengamos, con el tiempo, siempre esa lucha enorme repartida entre los afectos y la vida.



Y otro tiempo que me preocupa mucho es el tiempo de "la otra", es decir, de aquellas mujeres que tienen relaciones con un hombre casado, de las mujeres que tienen una pareja que un día les dijo, hace mucho tiempo ya, que iba a dejar a su esposa o compañera y que juega con su tiempo de manera perversa, ya que primero tiene que desacreditar a su pareja presente para poder estar con otra mujer y después tiene que pedirla que espere. Ese síndrome de Penélope de esperar a que él esté contigo sólo para sentirte completa es otra enorme jugada del tiempo. Nos paran el reloj sin contrapartida ni condiciones. En la espera pervive la ilusión de que un día llegará y se quedará conmigo.

Curiosamente esas mujeres que esperan a que él se separe no frecuentan otros besos, ni están con otros hombres, se dedican a esperar. De la misma forma que tenemos que esperar un tiempo cuando hemos roto una relación sentimental, elaborar la separación lleva un tiempo que termina volviéndose en nuestra contra cuando nos metemos en el baúl de los recuerdos. Un lugar donde mitificamos lo que fue y desde donde es muy difícil salir. Si colocamos la felicidad en el pasado y en base a lo que hemos vivido nos juzgamos y nos podemos hacer mucho daño.

Cuando somos capaces de vivir el presente frecuentando el pasado sólo para recordar con ternura, sin culpa ni nostalgia, lo vivido nos hacemos un poco más libres, sabias y divertidas.



¿Has pensado alguna vez cuánto vale nuestro tiempo...?.

Cuando contratamos a una persona para un puesto determinado calculamos el coste de su trabajo en horas o por jornadas. No ocurre lo mismo con el trabajo que se realiza en el hogar o en el cuidado y atención a las personas. Hasta hace muy pocos años, cuando a una mujer se le preguntaba a qué se dedicaba ella contestaba "a mis labores" y de esta forma se entendía que era ama de casa, lo que implicaba una dedicación sin reconocimiento económico.

Con frecuencia esta misma lógica impera en las relaciones personales familiares, de amor, amistad o compañerismo. Las mujeres solemos aportar nuestro tiempo para alimentar y mantener la relación renunciando muchas veces a nuestros intereses o prioridades.

El tiempo que las mujeres aportan para el cuidado y el bienestar es invisible, no se reconoce, no se traduce en cifras económicas, ni se contabiliza en el producto interior bruto. Es un tiempo silenciado.

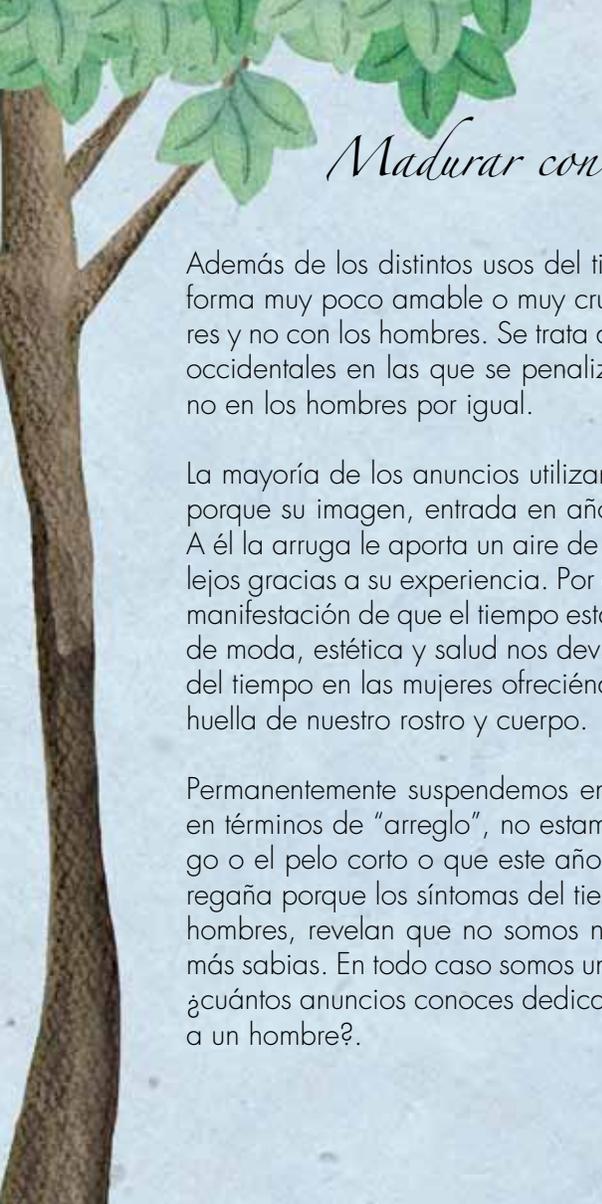
La generosidad de nuestro tiempo no debería llevarnos a permitir que el tiempo se pierda por las rendijas de la vida porque corremos el riesgo de ir nosotras detrás. Cuando estableces tu vida en función de los demás estás tan pendiente de ellos, de saber cómo están, de lo que necesitan, de lo

que desean, que puedes llegar a perderte y fusionarte con su proyecto vital dejando de existir tú misma para existir en función de los demás.

No perdernos implica ser conscientes del valor de nuestro tiempo, de su coste y de su importancia. Significa formular tus prioridades, aprender a conocer lo que realmente quieres, darte permiso para emplear el tiempo en ti misma y reclamar tiempo de cuidado a los demás cuando tú sientas que lo necesitas. El tiempo propio significa que yo me quiero, tengo mi propia biografía y las relaciones afectivas suman.

Ser conscientes del reparto del tiempo nos ayuda a construir relaciones más equitativas, solidarias y justas que nos lleven a compartir la vida en igualdad.





Madurar con el paso del tiempo...

Además de los distintos usos del tiempo existe otra vertiente que actúa de forma muy poco amable o muy cruel, según queramos verlo, con las mujeres y no con los hombres. Se trata del tránsito de la edad en las sociedades occidentales en las que se penaliza el paso de los años en las mujeres y no en los hombres por igual.

La mayoría de los anuncios utilizan a los hombres maduros como reclamo porque su imagen, entrada en años, implica solvencia, madurez y poder. A él la arruga le aporta un aire de persona interesante que ha llegado muy lejos gracias a su experiencia. Por el contrario, en nosotras la arruga es una manifestación de que el tiempo está afeando nuestra biografía. Las revistas de moda, estética y salud nos devuelven una imagen erosionada del paso del tiempo en las mujeres ofreciéndonos miles de productos para borrar su huella de nuestro rostro y cuerpo.

Permanentemente suspendemos en términos de tiempo. No suspendemos en términos de "arreglo", no estamos diciendo nos viene mejor el pelo largo o el pelo corto o que este año se llevan las faldas largas o no, se nos regaña porque los síntomas del tiempo en nosotras, al contrario que en los hombres, revelan que no somos ni solventes, ni maduras y mucho menos más sabias. En todo caso somos un síntoma con miles de problemas, o sino ¿cuántos anuncios conoces dedicados a la salud tienen como protagonista a un hombre?



Y yo me pregunto entonces ¿cómo podemos mantenernos con la cabeza erguida?, ¿cómo podemos mantenernos a gusto con nuestro cuerpo y habitarlo con la experiencia del paso de los años sin sentir a nuestro cuerpo como una especie de "invitado incómodo"?, sobre todo cuando permanentemente me tengo que hacer un examen de lo que me sobra, de aquello que me falta y de lo que tengo que corregir.

Que los hombres maduren y las mujeres envejezcan es una mala jugada, una enorme mala jugada del tiempo.





Violencia contra las mujeres y tiempo.



Este es un tema terrible en el que el tiempo se utiliza como un látigo.

Él ejerce la violencia sobre ella volviendo una y otra vez al pasado. Él siempre se refiere al pasado. Él le recuerda que cuando la conoció ella era de otra forma, se comportaba de otra manera, le miraba con otros ojos, era más bella y más buena. Ese pasado donde él la quería de otra manera.

El pasado vuelve para recordarte que fuiste para él, porque ahora no eres nadie. Ahora tú no vales nada, ahora tu vida no le importa a nadie y él te hace creer que sin él no mereces vivir. Y tú deshaces los pasos que te conducen al presente para volver al punto de partida y recordar que en algún momento él te quiso. No hay otra forma de poder soportar estar a su lado. Cuando te insulta, confisca tú móvil, tus redes, controla tus movimientos y destruye la comunicación con las personas que te quieren, repites como en una letanía que en el pasado él fue distinto.

El presente está prohibido para ti, "solo para mí que soy tu amo", yo sí vivo el presente. Por eso te voy a decir lo que no me gusta ahora de ti. Te voy a contar como eras antes, qué guapa eras y cómo has envejecido. Te voy a decir lo que espero de ti y lo que no me has dado. En qué me has defraudado y lo que no me has hecho.

El maltrato es una trampa que se cava muy fuerte. Colocar de forma objetiva el pasado, reconocernos en el presente y vislumbrar una vida sin violencia, necesita un tiempo de proceso en el que ninguna mujer debe sentirse sola.

Incorporar el tiempo y las experiencias de las mujeres al currículo.

El currículo de las mujeres es mucho más amplio y más rico que lo que el mercado laboral pretende cuando desprecia la experiencia que adquirimos en la vida.

Nosotras tenemos derecho a reflejar todo lo que somos, aunque no encaje con el esquema productivo. Yo en mi currículo tengo en "otros méritos" mi paso por la librería de mujeres, la colaboración como cooperante en Nicaragua y mi militancia en el movimiento feminista con mi red de amigas y así lo expliqué cuando en su día me presenté a la plaza de profesora en la Universidad. El tribunal no entendía por qué en mis quince minutos hablaba de todo esto, pero yo soy quien soy gracias a todas estas experiencias.

Cuando estuve en el Instituto de la Mujer colaborando en el tema de inserción laboral de las mujeres, yo les decía "si tú has sido la hermana mayor de seis hermanos y tú cocinabas porque tu madre no podía entonces, tú sí sabes cocinar". "Si tú te trasladaste a Estado Unidos con tu pareja y aprendiste inglés aunque no hubieras ido a la escuela oficial de idiomas entonces eres una persona que tienes unas habilidades y unos conocimientos. Y posiblemente tan válidos como cualquier título oficial".

Hay cientos de habilidades que las mujeres hemos aprendido en el espacio de la vida, desde la contabilidad que podemos poner en práctica en una empresa, hasta el desarrollo de proyectos o la mediación. Nosotras hemos podido gestionar la vida de muchas personas y hemos podido conseguir alcanzar objetivos que parecían imposibles, y todo ello con una gestión del tiempo eficaz y eficiente como pocas veces se ha visto en la gestión de recursos humanos.





Quiero regalarte tiempo.

A raudales, sin cortapisas y sin frenos. Tiempo propio, tiempo para ti, tiempo para dedicarte. Tiempo para mirarte, reconocerte, cuidarte, darte alegría, olvidarlo en el bolsillo de tu vestido o entre las páginas de un libro. Tiempo para aprender, reír, conversar o caminar. Tiempo para no hacer nada, ensimismarte y perderte en la inmensidad de millones de pensamientos.

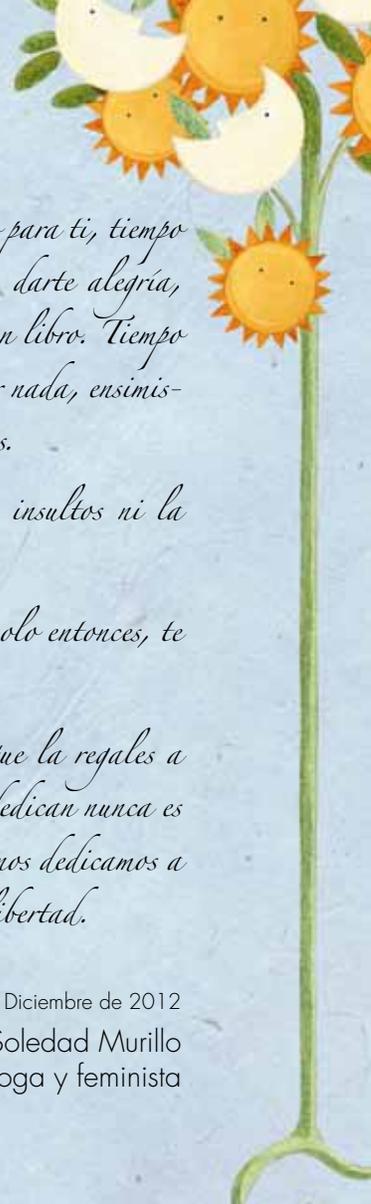
Con el tiempo en tus manos no caben los vasallajes, los insultos ni la violencia.

Cuando el tiempo es tuyo, pero tuyo de verdad, entonces, y solo entonces, te apropias de tu vida.

Te regalo la palabra tiempo, para que la disfrutes, para que la regales a tus hijas y a tus nietas, enseñándolas que el tiempo que se dedican nunca es injusto, nunca es culpable, nunca es egoísta. El tiempo que nos dedicamos a nosotras mismas, camina de la mano de la dignidad y la libertad.

14 de Diciembre de 2012

Soledad Murillo
Socióloga y feminista





*Este es un proyecto donde
distintas amigas nos han ofrecido
su experiencia, y con los hilos
de las entrevistas hemos tejido
el significado de las palabras
que os regalamos.*



Ayuntamiento de
FUENLABRADA
Concejalía de Igualdad